

Ha vuelto la lluvia sobre los cafetales

sobre el Nocturno de Álvaro Mutis

Andrés Esteban Acosta

andres.acostaz@udea.edu.co

A Leonor Madrid Morales

¹ Álvaro Mutis, “Nocturno” (fragmento), *Los trabajos perdidos* (1964).

² *Ibid.*

Esta noche se ha roto el largo monólogo del verano. La tierra seca, casi agrietada, se inunda y se convierte en pantano. Corren hilos de agua por los caminos y vientos meciendo los troncos de los árboles que se aferran a sus raíces. La niebla ha cerrado el paso de la mirada sobre las montañas vecinas que, a estas horas de la noche, otros días, suelen verse como manos apretadas en la penumbra, resaltando sobre la oscuridad, menos evidente, del cielo. Con esfuerzo, solo se ve la forma lejana de las otras elevaciones, girando la mirada, donde también sobreviven los cultivos que bajan en hileras hasta casi tocar la quebrada.

El atardecer fue claro y sin presagio de lluvias. Desde los puntos más altos se genera una sensación de respeto y temor, combinación matizada por la plenitud del follaje verde, casi petróleo, interrumpido por el amarillo de las hojas que han padecido la luz vehemente de las semanas de sol.

En verano la quebrada deja ver sus piedras y descubre sus orillas. Todo es transformado por el agua. Así se escucha en los tejados, donde las gotas suenan a inmensidad contenida y derramada sobre la dureza de la sequía. Las ramas de los árboles que rodean los cultivos son alas que dan vueltas sobre sí, traen el ruido de una divinidad que reclama su poder sobre las cosas, como si sobre los campos se posara la figura del abandono.

Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.

Sobre las hojas de plátano,

sobre las altas ramas de los cámbulos.¹

Esta noche es la primera, el origen, la recapitulación de otras lluvias también esperadas, también fuertes. Esta noche es diferente porque el ladrido de los perros es una nueva advertencia que marca el territorio y aleja el desastre. Así, el ambiente se escucha redentor, como cuando la madera cruje sin romperse, como la creciente que evade la tragedia.

Las plataneras se doblan hasta casi tocar el suelo, hacen una venia que no se ve, solo se escucha por el traqueo de sus cuerpos, semejante a los huesos que se dislocan y vuelven a su sitio. Su tarea es custodiar los cultivos, dar la sombra, preservar la estabilidad del clima. Entre sus hojas dobladas y erguidas, a veces rasgadas, brillan más los relámpagos, que por un segundo dejan ver con espantosa claridad las montañas vecinas. Las plataneras triplican en tamaño a los cafetos, hacen las veces de riego, dejando que la lluvia se deslice por las hojas, mojando los frutos y la flor de pliegues rojos que cuelga con el afán de caer.

ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y vastísima

que crece las acequias y comienza a henchir los ríos

que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales.²

Las flores del café duran un par de días. Abren en una blancura que ilumina el follaje. No hay que durar, sino florecer, impactar la mirada. Contra el aguacero las flores y los frutos rebelan su fragilidad. La cosecha se avisa en el cuidado de la flor.

Todavía en el recuerdo, la desmesurada estadía del último invierno. Los frutos maduros hundiéndose en la tierra, fermentándose, tumbados por la velocidad de los vientos y el golpe del granizo. Las hojas doblegadas, con huecos que dejaban pasar la luz mientras los árboles se desgranaban y perdían vigor.

La última granizada sentenció la pérdida de gran parte la cosecha. Las tardes cálidas que reflejaban la sombra de los yarumos en el río, se poblaron de un gris oscuro y ruidoso, que luego de la sentencia de los truenos concluyó en tormenta. Los gallos cantaron antes de tiempo y la tierra se deshizo en riachuelos que arrastraron las basuras y las hojas caídas.

Ese recuerdo pervive como un miedo que se moviliza en eco por el paisaje, a tal punto que cada nueva tempestad se presiente trémula y destructora, sin protección alguna para los cafetos que ya brillan con sus frutos colorados.

La lluvia sobre el cinc de los tejados canta su presencia y me aleja del sueño hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego, en la noche fresquísima que chorrea por entre la bóveda de los cafetos y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes.³

Desde el encierro, el sonido de la lluvia es una música que amenaza y hace nacer una devoción abrumadora por la naturaleza. La casa se transforma en un refugio. Por las paredes bajan hilos de agua, recorriendo rutas amarillas que arrancan el color de la cal. Por las uniones del techo de cinc se filtran las goteras. Las ollas metálicas recogen el impacto. El ambiente huele a tierra mojada, a frío apoderándose de la apariencia de las cosas.

Afuera, las naranjas caen, ruedan por las faldas y se confunden con los frutos del café, se acumulan contra los cafetos que cumplieron su ciclo y ahora se arruman como palos para la leña. El olor a naranja, dicen, penetra el café y le da notas, así como los limones que marcan los límites de los cultivos.

Pero estas aguas no agreden los cafetos. ³ *Ibid.*

Su fuerza es renovadora, un lavado que refresca y limpia las hojas. Mañana, cuando un nuevo sol abra el color de los paisajes, cuando la niebla se haga a un lado y deje ver las inclinaciones cultivadas, el follaje se verá mucho más verde, intenso, oscuro, como si hubiera recibido un riego que le quitara el polvo acumulado. ⁴ *Ibid.*

Pero antes tendrá que escampar, los animales se asomarán y recorrerán la tierra removida. En ese momento alumbrará una experiencia de alegría, un silencio, una calma que es un recuento de las cosas en su lugar. Los árboles recuperarán su firmeza y el día será húmedo y blanco, completamente blanco por los caminos de la montaña. Los nogales erguidos darán fe de que todo ha sido un nocturno.

Ahora, de repente, en mitad de la noche ha regresado la lluvia sobre los cafetales y entre el vocerío vegetal de las aguas me llega la intacta materia de otros días salvada del ajeno trabajo de los años.⁴

Ahora solo la lluvia, sin tedio, sin afán. La lluvia regresa y reubica los pensamientos de otros días, como si se llevara el polvo que recubre la memoria e impide volver a las sensaciones, reconstruir un instante por su intensidad. El mundo es toda una música natural, lo suficientemente dispuesto. Solo los oídos que desconocen los ritmos del campo escuchan confusión y caos. El agua es música que toca las cosas y las vuelve suyas, solo por esa noche, hasta un nuevo cielo gris.

Primero, lluvia bajando por los árboles, luego agua en la tierra, hasta ser agua en el agua. Como una lucha contra el olvido, contra la sequedad, si la aridez es la pérdida de los recuerdos. Si la vida se agrieta, se

abre como la tierra en verano, la vida misma se hidrata, se hunde en la memoria de los pasos, los nacimientos, los riachuelos y los grandes ríos.

La medianoche marca un intervalo que reconstruye la sensación de silencio. Es un momento de plena conciencia. El sueño se ha ido, está subordinado a una voluntad de mayor poder, al ciclo natural del agua que ha vuelto para anticipar que los frutos vendrán rojos y abundantes. Esta lluvia somete, pero también libera del temor, rompe en pedazos el verano y lo convierte en frescura y calma.

La noche reclama dominio, potestad para recobrar el significado de la tierra fértil, de la vida que emerge. Hoy es una noche para recogerse y escuchar el movimiento de la naturaleza, ágil, poblada de sonidos que son exaltación de las formas. Una algarabía de imágenes de la infancia y la primera juventud trazan la duración de la vigilia, saca del mutismo en el que se envuelven los afectos por la rutina. El ánimo también se remueve con el agua.

Solo la presencia de otra lluvia unirá las grietas de la memoria, salvará la vida bajo la forma de los recuerdos, un esplendor que sirva de lucidez y certeza.

Nota

El poema “Nocturno” hace parte del libro *Los trabajos perdidos* (1964). No es el único del libro, el otro “Nocturno” hace respirar la noche y la renueva, la convierte en plenitud diaria: “La noche que respira / nuestro pausado aliento de vencidos / nos preserva y protege / ‘para más altos destinos’”. Ya desde los primeros poemas de Álvaro Mutis (1923-2013), el agua recorre las formas y las limpia, la naturaleza se rebela incólume, como en el poema “La creciente”: “Al amanecer crece el río, retumban en el alma los enormes troncos que vienen del páramo. [...] El rumor del agua se apodera del corazón y lo tumba contra el viento. Torna la niñez...”. Es el corazón el lugar de la memoria del agua, del movimiento constante en la labor ardua de vivir. Rescatar para el corazón lo esencial, que recorre todo lo demás que podemos pasar por el recuerdo como evidencia. El destino se parece al agua: la búsqueda trabajosa del origen. ■



Omar Moreno, “Anima Fragile 2”, mixta sobre guacal y vidrio de seguridad, @nicanor_schiaffini